



APORTACIÓN DE LA HERMANDAD OBRERA DE ACCIÓN CATÓLICA (HOAC) AL SÍNODO SOBRE LA SINODALIDAD.

Bloque A: Introducción: relectura de la experiencia sinodal

1. Desde la Comisión Permanente de la HOAC, una vez se puso en marcha la fase diocesana del Sínodo, se hizo llegar a todas las comisiones diocesanas, equipos y militantes, unas orientaciones para la participación en el proceso sinodal. En ellas se invitaba a participar en el mismo de forma expresa, señalando:

Lo que diferencia a este de los anteriores es el cómo: se nos ha convocado a todos y a todas a participar en su proceso de preparación, a implicarnos desde nuestras Iglesias locales. Este hecho diferenciador tenemos que aprovecharlo para ofrecer toda nuestra historia y experiencia en estos 75 años de vida y trabajo, viviéndolo como un tiempo de gracia, alegría y apertura.

Un tiempo para disfrutar la eclesialidad, no tanto con la intención de que nos oigan como de contribuir al sueño comunitario del Reino de Dios, a abrazar los futuros posibles que comunitariamente queramos construir, desde nuestra identidad de Acción Católica para la Pastoral Obrera.

Nuestra singular aportación como HOAC se ha orientado a entender que, en este proceso, en este “caminar juntos” tendremos que tender puentes y tejer relaciones. Lo principal consiste en encontrar la expresión adecuada que sea reflejo de lo que nos une. Vale más una sola acción decidida y asumida comunitariamente, desde el consenso, que veinte magníficas pero individuales. Hemos de procurar huir de los listados de quehaceres, más bien tendamos a sumar voluntades y deseos de fraternidad, y a encontrar espacios de comunión -de vida, bienes, y acción- en los que poder caminar juntos.

El trabajo con el conjunto de la comunidad eclesial es para crecer en la necesaria transformación misionera de la Iglesia, al servicio de las personas, en particular de los empobrecidos y excluidos.

Que generemos dinámicas participativas, que se conviertan en hábitos para un futuro más sinodal en nuestras prácticas eclesiales, que calen y se puedan mantener en el tiempo. A nosotros y a nosotras, se nos llama a vivir este momento como oportunidad y ofrenda.

2. La HOAC, como parte de la Acción Católica Española, quiere vivir un proyecto de evangelización puesto al servicio de la Iglesia en España que tiene como destinatarios al conjunto de trabajadores y trabajadoras del mundo obrero y del trabajo para dar testimonio y anunciar el Evangelio para colaborar a su realización personal y social más acorde con el Plan de Dios. Un proyecto de encarnación en la situación de los más vulnerables y empobrecidos de la clase obrera, asumiendo su cultura, sus anhelos, sus

esperanzas, sus organizaciones... todo aquello que sintoniza con el Reino de Dios teniendo como centro la dignidad de la persona sea cual sea su situación.

Somos Acción Católica para la Pastoral Obrera y del Trabajo, ese es nuestro camino y en él vivimos, con otros, la comunión, la participación y la misión. Nuestro camino en la diócesis quiere ser un camino dialogante, que no siempre conseguimos porque las dificultades, en lo que hoy llamamos periferias, son enormes y entre el mundo obrero y la Iglesia diocesana hay una gran distancia.

Para caminar juntos en la Iglesia y con nuestros destinatarios nos apoyamos en cuatro elementos: el cultivo de la espiritualidad y la mística cristiana vivida en la vida cotidiana del mundo obrero; la formación al servicio de la construcción de una vida militante; la vida de comunión vivida en la familia, en el equipo, en la HOAC diocesana, en la Iglesia diocesana y en el mundo obrero y del trabajo; la misión y el compromiso en el mundo obrero compartiendo la experiencia de la comunión en su vida cotidiana.

Nuestro reto diocesano es responder y colaborar a la necesidad de impulsar la Pastoral Obrera de toda la Iglesia, que no es solo de la HOAC, pero que es nuestra razón de ser y nuestra identidad en el camino, que debe acoger a la diversidad (incluidos no creyentes). Nuestros compañeros de camino son los trabajadores, porque esa es la misión a la que nos manda la Iglesia, porque la evangelización del mundo del trabajo, la recuperación del sentido humano y humanizador del trabajo es decisiva para la vida digna del ser humano según el plan de Dios.

Caminamos juntos en nuestro movimiento seglares y sacerdotes, y vida consagrada, como formas complementarias de ser y vivir la fe, y desde la conciencia de que el protagonismo de los seglares que es una de las notas definitorias hace que la sinodalidad se vaya recubriendo de participación y corresponsabilidad con más facilidad que en otros ámbitos de la Iglesia. A nosotros no nos resulta extraño. Nuestra manera de configurar la vida comunitaria, de servir desde las diferentes responsabilidades y carismas en el movimiento, de vivir la radical igualdad de nuestro bautismo, de acoger todos por igual la misión que la Iglesia nos encomienda y, para ello, establecer cauces de corresponsabilidad y decisión compartidos que son efectivos, marca sinodalmente nuestra manera eclesial de ser. Para nosotros esta manera eclesial de ser es natural. Una manera de ser que, siendo tradición de la Iglesia, en los movimientos de Acción Católica se vive de manera natural, también desde sus comienzos, y que en otros ámbitos de la Iglesia cuesta más vivir o, simplemente, resulta desconocida.

Y, de ese modo, evitamos uno de los mayores peligros para la sinodalidad que es el clericalismo, porque en los movimientos los consiliarios sirven desde su propio ministerio como un bautizado más, sin pretender agotar en ellos todos los carismas, todas las responsabilidades. En los movimientos de Acción Católica los consiliarios saben que su misión es animar los diferentes carismas, no suplantarlos, en la vivencia de la comunión corresponsable.

En las distintas diócesis en que se ha participado en el proceso sinodal, ha habido implicación de militantes de HOAC a título personal en sus parroquias, en los ámbitos diocesanos de reflexión, y en las instancias organizativas del camino sinodal. Igualmente ha habido una participación institucional del propio movimiento.

1. ¿Qué pide el Espíritu Santo en esta hora de la Iglesia y del mundo? ¿Qué cambios (conversión personal y pastoral) nos exige?

El proceso sinodal lo hemos vivido como oportunidad de conversión, de comunión, de cuidado y discernimiento comunitario. Ocasión de compartir con nuestra Iglesia las preocupaciones del mundo obrero, incitar a mirar la realidad desde las periferias que como dice el papa Francisco, “el mundo se ve más claro” desde ellas, “abrirles las puertas y permitirles participar”, que se traduce en hacer presente a los empobrecidos del mundo obrero, a los descartados y no productivos para esta sociedad de mercado, impulsando la cercanía, la compasión y la ternura, para convertirnos en una “Iglesia que se hace cargo de las fragilidades y las pobrezas de nuestro tiempo”. La renovación evangélica provendrá de esa mirada a los últimos como su opción preferencial, poniéndolos en el centro de su misión.

Oportunidad de cuidar y cuidarnos. Cuidar los detalles que faciliten el que todos y todas puedan expresarse y se sientan escuchados; prestar atención a los gestos que generen comunión, buen clima; que posibiliten curar heridas pasadas y presentes, que sanen, convirtiendo las dificultades en posibilidades; que sean expresión de amor, más allá de las diferencias que existan. Hemos de generar la necesaria cultura y espiritualidad del cuidado en nuestra Iglesia

Oportunidad para crear, para proponer y generar alternativas de otra forma de funcionar más corresponsable y sinodal, donde no prime el que “siempre se ha hecho así” ni predominen los roles institucionalmente preestablecidos, sino el discipulado de iguales y la creatividad del Espíritu.

Y ha sido vivido como ofrenda. Somos Iglesia, somos Acción Católica, desde nuestro SER nos ofrecemos, también lo que tenemos, lo que hemos ido construyendo y lo que nos queda por construir. Nuestra experiencia y vida, nuestra historia y memoria, especialmente nuestra formación-espiritualidad-compromiso, nuestro método de Ver-Juzgar-Actuar, nuestra vivencia comunitaria en la toma de decisiones, nuestros análisis y reflexiones, nuestros medios y especialización. Nuestra disponibilidad debe quedar clara, incluso aunque no nos la pidan. Esa es nuestra ofrenda en el altar de este proceso.

Podemos y debemos aportar, quizá como lo más esencial la espiritualidad de la comunión y la formación que nosotros sabemos realizar para la vida sinodal, a través de la Revisión de Vida y de la Formación como cauce para vivir la espiritualidad.

Porque lo que nos mueve, a pesar de la realidad que encontraremos y los sinsabores que conllevará, es la fe en la Resurrección, la Esperanza de que, si nos dejamos sorprender por el Espíritu, en este caminar juntos unidos por la fe, la sinodalidad se convertirá en la forma de vivir y obrar de la Iglesia, más allá de lo coyuntural del proceso.

Atrevernos a soñar juntos expresa nuestra determinación a experimentar el encuentro que nos cambiará y abrirá nuevas sendas que transitar sin prisas y desde el corazón.

Y una aportación que hemos hecho es la que ayuda a poner a los pobres en el centro de la Iglesia; a que en este proceso sinodal sus voces sean también expresadas y escuchadas. La voz de los pobres, de los alejados, de quienes habitan tantas periferias

existenciales, de quienes forman parte muchas veces de nuestros discursos, pero poco o nada de nuestra vida concreta. De quienes necesitan hacer oír su voz en nuestra Iglesia, y que pueden ser voz del Espíritu que también nos empuja.

Hemos de ponernos como Iglesia en clave de escucha de lo que se nos pide, de las necesidades que se manifiestan desde distintas realidades humanas, especialmente de aquellas que se configuran desde la realidad del mundo obrero y del trabajo, y desde el sufrimiento humano y la precariedad vital que él se sigue experimentando, que resulta central en la vida de las personas, determinando de manera muy decisiva otros muchos aspectos de la vida personal, familiar y social.

2. ¿Qué experiencias significativas se han detectado en vuestra Iglesia local? ¿Qué alegrías han aportado? ¿Qué heridas han revelado? ¿Qué se ha aprendido de todo ello?
--

Seguimos experimentando una Iglesia con fuertes resistencias a dejarse invadir y guiar por la acción del Espíritu y a leer con esperanza los signos actuales de los tiempos, una Iglesia muchas veces temerosa e incapaz de afrontar los desafíos actuales de nuestro mundo, de esta época que va apareciendo como novedosa, y que exige ponernos en clave de lectura creyente de la realidad, y en clave de discernimiento orante. Creemos que esto mueve a muchos a retroceder a prácticas pastorales de un pasado, hoy inexistente, esperando recuperar otros momentos, en lugar de vivir el presente en virtud de la encarnación y abiertos al futuro con esperanza.

En este sentido, por ejemplo, se sigue apostando de manera indiscriminada por las expresiones de “religiosidad popular” que tienen un amplio respaldo social pero que generan una muy escasa vinculación y conciencia eclesial, y en las que se participa de manera acrítica, a veces desfigurando la imagen del Dios de Jesucristo. Se entienden como freno al secularismo, aun cuando ellas mismas son realidades fuertemente secularizadas.

En todo este camino sinodal se descubre la necesidad de cambiar nuestras relaciones dentro de la Iglesia, de aprender a relacionarnos todos con todos, de aprender a hablar entre nosotros y a escucharnos para acoger experiencias y opiniones distintas. Se hace necesario reconocer las heridas que hoy siguen abiertas, y ayudarnos mutuamente a sanarlas.

Se hace más presente la conciencia de que la misión evangelizadora requiere salir y hacernos presentes en aquellos ambientes y realidades alejados de la Iglesia, donde anunciar la Buena Noticia de Jesucristo. Y valorar, por eso, las presencias de intemperie que muchos cristianos, especialmente laicos y laicas, pero también sacerdotes y consagrados, han mantenido y mantienen en estas realidades.

Hemos de abordar en nuestra Iglesia de manera decidida el grave escándalo de los abusos, de poder, de autoridad, de conciencia y, de manera especial, los abusos sexuales. Son un delito, y un escándalo del todo incompatibles con el Evangelio. No podemos escudarnos en el hecho de que esto mismo se de fuera del ámbito eclesial. Debemos pedir perdón y ofrecer reparación a las víctimas.

Tenemos un problema en todo lo relativo a la transmisión de la fe, no como doctrina o conocimientos, sino como experiencia vivida de encuentro con Jesucristo que anime a formar parte de la comunidad de sus seguidores. Hemos vinculado la “catequesis” a la

celebración de sacramentos de iniciación de modo que constituyen el final anunciado de un proceso, en el que resulta muy difícil continuar, porque no se genera la experiencia creyente. Hemos sustentado más esta transmisión en unas prácticas sin raíces en lo personal y lo comunitario, que en la experiencia de vinculación a una comunidad de testigos que acompaña.

Igualmente hemos reducido el compromiso cristiano a lo intraeclesial, y en los casos en que se plantea algún compromiso de tipo social, suele ser caracterizado como voluntariado, como la dedicación de una parte de la vida, de un tiempo concreto a actividades puntuales, sin que ello comporte una conversión vital, ni una orientación vital de globalidad en todas las dimensiones de la existencia. Tenemos especiales dificultades para acompañar eclesialmente el compromiso político o sindical de los cristianos.

3. ¿Qué ha inspirado el Espíritu Santo a la comunidad con respecto a la realidad actual de la sinodalidad en la Iglesia local, incluidas las luces y las sombras? (Indicar temas o cuestiones que dieron lugar a diferentes puntos de vista, actitudes, estructuras y prácticas pastorales necesitadas de conversión y sanación, así como áreas donde reavivar las relaciones y el impulso misionero).

El reto fundamental que abordar y responder con este proceso sinodal ha de ser el de hacer frente a la disolución de lo humano que se produce en nuestra sociedad, porque se ha perdido la capacidad de amar que nos humaniza y que ha generado una crisis ecosocial y antropológica como esta en la que nos encontramos también nosotros inmersos, y configurar una Iglesia capaz de ofrecer la propuesta de la Buena Noticia de Jesucristo que nos permita recuperar esa capacidad de amar; una Iglesia testigo del evangelio. El reto que tenemos hoy, como Iglesia, sigue siendo cómo anunciar a cada persona que es una criatura vocacionada y destinada por Dios a la comunión con él y que Jesucristo puede ser para ella el verdadero camino de vida plena.

En nuestra Iglesia predomina una vivencia desencarnada e individualista de la espiritualidad y la mística cristiana. Algo que dificulta mucho el crecimiento en una vivencia realmente comunitaria de la fe y el seguimiento de Jesucristo. De ello se resiente el mismo anuncio del Evangelio, pues se debilita la vivencia y el testimonio de la experiencia del Amor de Dios como vocación a la construcción de la comunión y la fraternidad. Debilita la vivencia de algo que es central en nuestra fe: la lógica del don y la gratuidad, que nace de la Misericordia y que transforma la vida para hacerla entrega gratuita y generosa a los demás.

Esto dificulta el ofrecimiento, desde el testimonio y la encarnación en la realidad de los pobres, del proyecto de humanidad y de humanización que es Jesucristo, su proyecto de comunión. No es que no se dé en nuestra Iglesia, que sí se da en muchos cristianos y comunidades cristianas, sino que no es lo que caracteriza como debiera al conjunto de nuestra Iglesia.

Proponer a Jesucristo como camino de liberación, pasa necesariamente por ser conscientes y hacernos cargo de la confluencia de dos problemas: el empobrecimiento y la deshumanización.

Es necesario hacer frente a determinados desafíos:

El de la comunión. Que necesariamente parte del reconocimiento práctico y efectivo de la radical dignidad de todos los bautizados que nos permite abordar la diversidad de carismas, pero también la necesidad de hacer frente a una iglesia aún muy sociológica y superficialmente conformada, con débil vinculación comunitaria. Caminar hacia una Iglesia de bautizados conscientes de su bautismo.

En este sentido es necesario ayudar a vivir la experiencia vital del encuentro personal con el resucitado que se realiza en comunidad y que se despliega en la misión evangelizadora. Necesitamos afrontar los procesos de transmisión de la fe desde claves más vitales, más comunitarias.

El desafío de la participación. Que supone un crecimiento en corresponsabilidad efectiva, haciendo reales cauces de participación, y decisión. Es necesario afrontar la lacra del clericalismo, entre el clero, y entre los laicos.

En este sentido se expresa la necesidad de caminar hacia procesos de discernimiento y decisión compartidos. Por ejemplo, en el nombramiento de párrocos, en los que actualmente se omite cualquier diálogo, cualquier escucha de la comunidad parroquial, generando en muchas ocasiones desencuentros y sufrimientos. Otro tanto cabría decir de los procesos de elección de obispos, en los que no hay participación alguna de la comunidad eclesial, faltando un discernimiento orante, y que siguen siendo procesos sin transparencia.

La necesidad de hacer efectivos los cauces de corresponsabilidad existentes, dotándolos de capacidad decisoria desde la comunión (Consejos Pastorales, Económicos...) a todos los niveles: parroquiales, diocesanos, nacionales.

La necesidad de desligar gobierno de la comunidad y ministerio pastoral, al menos desacumulando la gestión de todas las dimensiones, el ejercicio de todos los carismas, del ministerio presbiteral.

El desafío de la misión. Que no puede dejar de poner de manera efectiva a los pobres en el centro de la vida y la misión eclesial, no como destinatarios u objetos de nuestra acción, sino como sujetos de nuestra comunión y de nuestra misión.

Como Iglesia necesitamos crecer mucho en ser conscientes de que el anuncio y la vivencia del Evangelio pasa por ofrecer, desde el testimonio y la encarnación en los empobrecidos, el proyecto de humanidad que es Jesucristo, un proyecto de vida personal y social. Ofrecerlo para colaborar a concretar y construir un proyecto político verdaderamente humano. Un proyecto que sea camino de inclusión social de los pobres y camino de comunión.

Para ello es necesaria una pastoral que trascienda el pequeño radio de acción de nuestras parroquias, abriéndonos a realidades a las que hace mucho que las parroquias se muestran incapaces de llegar, incorporando una pastoral especializada, de encarnación, en los ambientes concretos, en red, que, además, habrá de conllevar una convocación a formar parte de la comunidad que vive y celebra la fe. Es un problema importante el escaso aprecio que en muchos ambientes eclesiales hay hacia la aportación que significa la eclesialidad de la Acción Católica, en especial de los movimientos especializados, en tanto la manera eclesial de vivir nuestro ser Iglesia

desde la dignidad bautismal, la corresponsabilidad eclesial, y la ministerialidad al servicio de la misión evangelizadora.

Hemos avanzado poco en comprender y asumir vitalmente que situarnos en el lugar de los pobres implica también trabajar por la transformación de la sociedad, por construir estructuras y relaciones sociales justas. Seguimos sin asumir la conflictividad que esto supone. Tenemos en ello un gran déficit. Lo cual supone un problema muy grande en la manera de situarnos la Iglesia ante la realidad social, tanto por lo que está ocurriendo en la propia realidad como por lo que significa la misión evangelizadora de la Iglesia. Tanto la asistencia como la promoción, aunque son imprescindibles, sin esta dimensión de transformación de las estructuras sociales, se quedan en una posición contradictoria: el cuidado y la promoción de la dignidad de las personas reclaman luchar contra el desorden de nuestro sistema social.

Consecuencia de esto es que la Doctrina Social de la Iglesia tiene, en la práctica, un papel muy poco relevante en la vida de muchos cristianos y de muchas comunidades y movimientos eclesiales, cuando es algo esencial para el servicio evangelizador que la Iglesia queremos prestar a la sociedad.

En la conversión misionera que pasa por situarnos en el lugar de los pobres, nuestra Iglesia está necesitada de crecer en dar mucha mayor centralidad en su ser y misión a la vivencia de la caridad política, a posicionarnos claramente en la sociedad desde la vivencia y la práctica, personal y comunitaria, de la “misericordia social”.

Y habremos de ser capaces de vivir y ofrecer una antropología que, poniendo en el centro a la persona, llamada al cuidado mutuo, sea capaz de cuidar también la casa común apostando por el bien común que se sirve desde la solidaridad de las relaciones de cuidado.

Necesitamos, en la misión corresponsablemente compartida, garantizar el acompañamiento de los seglares en los distintos compromisos en que se expresa la fe, especialmente en el campo social, sindical, político, económico... y acoger comunitariamente ese compromiso como expresión de la misión evangelizadora de la Iglesia.

Bloque C: Conclusiones: próximos pasos

1. ¿Cuáles son los próximos pasos a dar en el camino de la sinodalidad, en comunión con toda la Iglesia y con toda la familia humana? Considerar 3 niveles:
 - a) En las parroquias, comunidades religiosas, movimientos, asociaciones...
 - b) En la diócesis
 - c) En la Iglesia universal

Es importante arbitrar caminos de continuidad de la formación y reflexión que permitan seguir profundizando, desde este momento, sobre todo lo que el proceso sinodal nos ha hecho reflexionar en esta primera etapa del camino, y empezar a dar pasos en la dirección de ir realizando prácticas de sinodalidad en los ámbitos de los que formamos parte: parroquiales y diocesanos. Se trata de ir viviendo lo que vamos descubriendo, y posibilitar que lo hagamos mediante los medios y cauces necesarios, de los que ya disponemos y de los que estamos llamados a crear.

El camino que necesitamos recorrer hoy, sin miedo, es el de la comunión de iguales en que nos conforma el Bautismo y, por eso, hemos de recuperar y activar el sacerdocio común de todos los fieles, hombres y mujeres, como seña de identidad de la Iglesia. En el fondo el problema del clericalismo y la cuestión del papel de la mujer en la Iglesia son expresiones del déficit de sacerdocio común de los fieles, del necesario reconocimiento del lugar propio del laicado en la Iglesia.

Hemos de abordar con convicción el protagonismo del laicado. Una Iglesia Pueblo de Dios “en salida”, que, en virtud de esta común, y radical dignidad e igualdad de nuestro bautismo nos hace depositarios y protagonistas de la misión evangelizadora que realizamos desde la comunión. Ello requiere la formación del laicado, pero, sobre todo, la formación de los candidatos al ministerio sacerdotal desde estas claves. En este sentido, dar entrada a seculares -también a las mujeres- en los procesos de formación sacerdotal, en todas las dimensiones, resulta cada vez más necesario. Y hemos de ser capaces de hacer una profunda reflexión sobre el ministerio presbiteral en un futuro cada vez más cercano.

Hemos de abordar el papel de la mujer en la Iglesia de modo decidido, desde la repetida conciencia de la común dignidad de todos los bautizados, recuperando la dimensión esencial del sacerdocio común. No tiene justificación que se excluya de determinados servicios, responsabilidades y ministerios a las mujeres.

La Iglesia hemos de ser capaces de abordar, en su momento, con la necesaria profundidad el acceso de las mujeres al ministerio presbiteral en el marco de una reflexión profunda sobre cómo se ha de reconfigurar el ministerio presbiteral en ella.

Hemos de abordar el diálogo con la sociedad, la búsqueda de sinergias con agentes sociales. La construcción del reino de Dios comienza a realizarse en esta tierra y en las concretas condiciones de vida de las personas, las familias y las sociedades de las que formamos parte.

Pedir en la oración y construir con el compromiso cotidiano el Reino de Dios pasa por caminar al ritmo sanador de la proximidad, con nuestras hermanas y hermanos, con quienes iremos procurando el cambio necesario de mentalidad que nos ayude a ir mirando la vida con la misma mirada misericordiosa de Dios, para iluminar las realidades humanas con la luz de la fe y proponer caminos que recorrer juntos para transformar las estructuras de modo que estén al servicio de las personas. En estos procesos hemos de ser capaces de proponer, de ofrecer, sobre todo con el testimonio vital de la comunidad cristiana otros modos de ser y de vivir, de construir las relaciones humanas en todos los ámbitos: políticos, económicos, sociales...

En la manera de situarnos la Iglesia en la realidad social tenemos una importante contradicción generada por lo que el papa Francisco, en *“Gaudete et exsultate”*, ha llamado “las ideologías que mutilan el corazón del Evangelio”.

Muy en relación con lo anterior, en la manera de situarnos la Iglesia en nuestra sociedad, tenemos la necesidad de crecer, y mucho, en situarnos en el lugar de los pobres, como el Señor. En este sentido, entendemos que la situación de nuestra Iglesia está marcada por la distancia que existe entre la gravedad de la situación de los empobrecidos y la “tibieza” de nuestras respuestas.

Aún hoy en nuestra Iglesia hay sectores que niegan el valor y la importancia de situarnos en el lugar de los pobres, como si fuera algo ajeno a la fe de la Iglesia. Sencillamente falta conciencia de que, hacer oídos sordos al clamor de los pobres “nos sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto” (EG 187). Pero entendemos que, por triste que sea esa realidad de algunos sectores eclesiales, por lo general nuestra manera de situarnos como Iglesia no está marcada por ese hecho sino por la insuficiente conciencia que existe de que “el encuentro vital con el Jesús de Nazaret del Evangelio únicamente será verdadero si está estrechamente ligado al mundo de los pobres” y, sobre todo, de que “este encuentro con Jesús de Nazaret implica una conversión no solo personal (siempre necesaria), sino también social y estructural” .

Hemos de abordar la decidida lucha contra toda vulneración de la dignidad de las personas. No solo contra el aborto o la eutanasia, sino contra todas aquellas vulneraciones que impiden la vida digna a lo largo de la existencia, especialmente de aquellas que hemos terminado por normalizar en nuestro mundo, o que creemos que siempre han sido así y solo pueden ser así. Nuestra Iglesia ha de ser testigo ejemplar de que el reino de Dios es posible y realizable desde este mundo actual.

Necesitamos otros pastores. El papa Francisco insistió en esto desde el inicio de su pontificado. Hemos de ser conscientes de la distancia que hoy existe entre la formación que se sigue impartiendo en los seminarios y el tipo de sacerdote que en ellos se conforma, y la necesidad de una Iglesia que se construye en la sinodalidad. La poca perspectiva pastoral con que hoy se sigue enseñando la teología hace de esta un discurso alejado de la misión que nos configura.

Y otro tanto puede decirse de la liturgia, necesitada del redescubrimiento de la dimensión celebrativa capaz de acoger y expresar la fe en la vida y de hacer de la vida ofrenda; necesitada de descubrir que es la comunidad quien celebra.

Hemos de hacer transparentes y democráticos -sabiendo que nuestra meta es la comunión- todos los ámbitos de participación, escucha, diálogo, discernimiento y decisión. Si bien es verdad que la democracia -el mero juego de mayorías y votos- no alcanza lo que queremos vivir en la comunión, hemos de estar dispuestos a arbitrar los cauces que posibiliten la corresponsabilidad y efectividad de aquella.

Necesitamos convertir la sinodalidad en algo estructural y permanente en la vida de la Iglesia. Aprovechar la oportunidad de caminar en esa dirección que ha abierto este Sínodo es un reto fundamental que debemos seguir impulsando, paciente, pero decididamente para ir avanzando hacia una Iglesia de sujetos y una Iglesia sujeto comunitario, para mejor servir a nuestra sociedad evangélicamente.

Madrid, 18 de mayo de 2022

COMISIÓN PERMANENTE DE LA HOAC